

Salobreña V Centenario

JOSE G. LADRON DE GUEVARA

PARA conmemorar, que no celebrar, el V Centenario de la incorporación de Salobreña a la Corona de Castilla, el Ayuntamiento de aquella población ha organizado un amplio e interesante programa de actos culturales en el que se ofrecen conciertos, recitales, conferencias y exposiciones, artísticas y documentales. Entre ellas figura la edición y presentación de una carpeta de grabados en la que se incluyen, con un texto en prosa del dramaturgo José Martín Recuerda y unos breves poemas míos, una serie de cinco grabados, firmados por Julián Amores, Cayetano Aníbal, José García de Lomas, Dolores Montijano y Paco Ramírez, alusivos, lo mismo que los textos, al paisaje salobreño. Ya va siendo hora de que nuestros alcaldes y sus concejales de fiestas y cultura, se gasten algo menos en cohetes y otras fanfarrias por el estilo, que, en definitiva, es algo así como quemar el dinero, atronando al personal, que hasta puede quedarse tuerto, o manco, si le alcanza un petardo perdido, y atiendan, como ahora, en el caso de Salobreña, la realización de actividades culturales, a tenor de ese glorioso patrimonio histórico que, según los discursos y peroratas occasioneles, recibimos de nuestros lejanos antepasados. La publicación de esta carpeta, en la que se recogen cin-

co visiones distintas, pero coincidentes en la temática, sobre el panorama arquitectónico de Salobreña, constituye, aparte y además de su valor artístico, un considerable documento testimonial referido al paisaje actual de uno de los pueblos más hermosos de nuestro litoral andaluz. (La zona del territorio español, por cierto, donde el presidente de la Junta de Andalucía, según sus manifestaciones ante el pleno de la Conferencia de las Regiones Periféricas y Marítimas, «radica nuestra principal señal de identidad y constituye una baza fundamental en la nueva Europa de la calidad de vida».) Salobreña, acaso por milagro, y excepto algún que otro estropicio, que todavía no afecta al conjunto —me refiero a su núcleo urbano; no a las playas, se ha salvado, hasta ahora, de la sistemática degradación y destrucción, arquitectónica y ecológica, sufrida por la inmensa mayoría de las poblaciones costeras andaluzas. Los artistas, todavía, y esta carpeta de grabados lo atestigua, pueden traducirla plásticamente, con toda su belleza original, sin necesidad de inventársela, captándola del natural.

Sin embargo, la incertidumbre y el temor nos inquietan cuando consideramos si dentro de cinco, diez o veinte años, este paisaje,

este bellísimo caserío que se encarama por el monte arriba, coronado por la torre de la iglesia y las almenas del castillo, será el mismo, o parecido, que el estampado, en esta ocasión, por los artistas en sus pliegos, o lo habrá devorado la especulación inmobiliaria, aliada con el mal gusto y la ramplonería asoladora del turismo de aluvión. Yo creo, a la vista de estos cinco grabados, y los textos que los acompañan, que son los propios salobreños, con su alcaldía como principal responsable, los que tienen que velar y luchar denodadamente, contra vientos terrenales y mareas megalómanas, para que su pueblo, éste que todavía existe y nos commueve, no se convierta, como otros, en un amontonamiento de bloques de hormigón para hormigas de verano. Porque, si como señala el presidente andaluz, el litoral es nuestra principal señal de identidad y un decisivo factor de desarrollo, difícilmente se logrará este último objetivo, si continuamos destruyendo la belleza natural y el equilibrio ecológico de nuestras poblaciones costeras. A menos, añado yo, que al personal le encante residir, por el tiempo que sea, en lugares inhóspitos, respirando brisas pestilentes, bañándose en espumas fecales, sufriendo ruidos estrepitosos,

incluso nocturnos, con graves problemas de tráfico y aparcamiento, enlatados en edificios de quince plantas, con vistas al mar o al cogote del vecino, y, como ya ocurre por alguna parte de la costa granadina, recibiendo por los grifos del agua potable, cuando no sale una música de viento, auténtica agua de Carabafía, propia para purgarse o para poner aceitunas en remojo.

Pero yo confío en la sensibilidad, centrada en el amor a su pueblo, de los vecinos de Salobreña, para que, dentro de unos pocos años, estas estampas, estos textos, que ahora se presentan al público, no resulten anacrónicos, irreales, en la misma medida que «otra» Salobreña, por querer parecerse a Torremolinos, Benidorm, Miami o Acapulco, haya destrozado irremediablemente a la que hoy, todavía, y ya digo que casi por milagro, nos sorprende y nos encanta por su insólita belleza. Y no se olvide que el turismo —que lo mismo puede ser una bendición que una plaga—, ya se está orientando hacia otras latitudes, donde encontrarán lo mismo que por aquí, por estos litorales, tuvimos algún día, y la ambición de unos, la estupidez de otros, y la insensibilidad de casi todos, condenaron a desaparecer. Merece la pena fijarse en estos grabados donde se refleja una Salobreña que no puede, que no debe morir a manos de la gentuza.